



Dr. Aquiles Roncoroni

“Las políticas educativas se hacen también con políticas alimentarias, porque los niños que crecen con déficit intelectual, después son los adultos que votan a los autores de estas políticas”. (AJR, 2004).

El Comité Editorial de MEDICINA INTENSIVA comunica a sus lectores el fallecimiento del Prof. Dr. Aquiles Roncoroni *. El Dr. Roncoroni fue el primer presidente de nuestra SATI allá por el año 1972 y el artífice de la Terapia Intensiva en nuestro país. Su capacidad intelectual y su producción científica están plasmadas en múltiples publicaciones nacionales e internacionales. Forjó instituciones y creó escuelas de medicina.

Fue un férreo defensor del Hospital y la Universidad públicos y un severo crítico de los modelos vigentes. Tuvo siempre una actitud joven y apasionada sobre el conocimiento. En un país en el que son pocos los ejemplos a seguir, el Dr. Aquiles Roncoroni fue, para todos nosotros, un maestro ejemplar, un luchador incorruptible, un modelo, un paradigma. Su conducta ha marcado a varias generaciones de médicos argentinos. La Terapia Intensiva de la Argentina y la Medicina Sanitaria han tenido su mayor pérdida.

“... lo económico está muy relacionado con lo ético, y pareciera que la salud no se maneja desde el Ministerio de Salud sino desde el Ministerio de Economía. Nosotros tenemos que decidir si la práctica médica es una profesión o un negocio, ya que tenemos un conflicto entre el objetivo económico de la empresa de salud y la función fiduciaria de representar los mejores intereses del paciente. Esto es, tratarlo honestamente, en una consulta desprovista de ingredientes económicos. (AJR, 2001)”.

Recordatorio

Hace horas que Roncoroni nos ha dejado y hace años que notamos su ausencia.

La muerte de Aquiles Roncoroni, el grande de la Neumonología Argentina, constituye una irremplazable pérdida para la comunidad científica. Brillante intelectualmente y dotado de una tenacidad sin límites, el Dr. Roncoroni mantuvo su obra creadora prácticamente hasta los últimos momentos de su larga y fecunda vida.

Para mí, que tuve la oportunidad de compartir con él muchos aspectos de su labor científica por más de 20 años, resulta muy difícil encontrar las palabras justas. Quiso el destino que hable como discípulo y además como presidente de la Asociación Argentina de Medicina Respiratoria, que él contribuyó a fundar.

Todos conocemos su trayectoria: Instituto Maria Ferrer, Instituto Lanari, CONICET, Revista Medicina, SAIC, SATI, Universidad de Buenos Aires, ACCP, ERS, etc. Me eximen de más tediosos comentarios. Pero sí debe mencionarse que su desempeño en estas instituciones estuvo rubricado por la impresionante cifra de más de 200 publicaciones nacionales e internacionales de primer nivel. No menos importante fue su labor como tenaz defensor del Hospital Público y como crítico de políticas de salud.

Conocí a Roncoroni en la biblioteca del Instituto Lanari una mañana de invierno del año 1984. Queríamos comprender ciertos aspectos del intercambio gaseoso. Ambos formulábamos más preguntas que respuestas y -luego de un silencio- me preguntó: ¿Ud. quién es?

Así empezó -en sus palabras-, nuestro idilio. Luego vino su invitación a trabajar en el Lanari sobre el tema músculos respiratorios. Cuando recordábamos nuestros logros, nunca se olvidó que no pudimos encontrar una respuesta satisfactoria a esa primera pregunta. Siempre sentí que mi carrera científica había comenzado esa misma mañana.

Roncoroni nos enfrentó a nuestra ignorancia y nos estimuló a salir de ella. Cuando creíamos que sabíamos algo, nos hacía esa pregunta simple encaminada a hacernos dudar.

Pero en esa pregunta, que era también su pregunta, estaba también su honestidad. Ese era su método pedagógico. Su arte consistía en rebatir, en hacer dudar al seguro, en hacer ostensible la ignorancia del incauto o del aparente sabio.

En definitiva: poner en duda el dogma, romper la inercia mental y luego, juntos, hallar mejores respuestas que ya no eran conocimientos mansamente aceptados.

Primero la duda, luego la confirmación o la refutación y, finalmente, hacerse cargo de ese conocimiento. Escuchar, discutir, criticar y aprender de los otros. Evitar la torre de Babel.

Consciente de que toda verdad es transitoria y de la limitación del conocimiento, siempre rubricaba sus frases con un:

Así parece...,Hasta donde puedo ver...,Al menos eso creo...

O bien lo hacía con un incisivo y delicioso sarcasmo.

Solía decir: “Podrán decir de mí cualquier cosa menos que soy impredecible.”

En efecto, quienes lo conocíamos, podíamos saber qué era lo que iba a decir ante tal o cual situación. Pero también era sencillo suponer lo que iba a hacer. Decididamente NO había disociación entre su palabra y su acción. Cualidad que él cultivaba y era crítico de quienes no la tenían,

Pero reconocer su condición humana es fundamental para poner en perspectiva todas estas palabras y es precisamente esa condición la que nos acerca, nos iguala y nos obliga a decidir qué tomamos y qué dejamos de todas sus cosas.

Este es otro desafío que nos deja.

Y ahora, a siglos de su ausencia, me pregunto qué vamos a hacer nosotros con todo esto.

Hablaremos de él en actos conmemoratorios...

Levantaremos placas en su memoria...

Formará parte del anecdotario que transmitiremos a quienes vendrán...

Se convertirá acaso en una leyenda...

Me permito leerles parte de una carta que me envió en vísperas de la Navidad de 2004, referida a un nuevo enfoque del estado ácido-base y las dificultades para introducir un cambio de pensamiento:

“Toda nueva teoría es resistida por los conservadores, en política por lo menos, frente a la necesidad de cambiar! Algo siempre muy incómodo.

De nuestro lado están diversos personajes conocidos y una legión de jóvenes, por lo menos en espíritu. Del otro hay otros personajes igualmente conocidos y otros esclerosados en sus cómodas antiguallas que continúan repitiendo.

Asistimos a una revolución Copernicana reprimida por la moderna inquisición de la mente. No tienen hogueras pero tienen la fuerza de la costumbre y la pereza. Prefieren buscar los defectos antes que escudriñar las virtudes.

Yo no podré hacer la “cruzada” pero alguien debería recoger la antorcha y encolumnarse frente a los destructores de lo que no entienden”.

Yo me pregunto, insisto, qué vamos a hacer con todo esto. Sólo depende de nosotros.

Como escribió Bertolt Brecht

“Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles. “

Dres. Arnaldo Dubín y Eduardo L De Vito,
Co-Editores de la Revista Medicina Intensiva,
órgano oficial de la Sociedad Argentina de
Terapia Intensiva